CATA DE PAISAJES POR ESPAÑA



Lugares hermosos donde disfrutar de la naturaleza con los cinco sentidos

CÉSAR–JAVIER PALACIOS

ANAYA TOURING

CATA DE PAISAJES POR ESPAÑA

Lugares hermosos donde disfrutar de la naturaleza con los cinco sentidos

CÉSAR-JAVIER PALACIOS

ANAYA TOURING



A Marta y para Marta.
Siempre Marta.

ÍNDICE

Introducción

Saborea el paisaje — **8**

Galicia

Ribeira Sacra. Laderas esculpidas. Ourense — **18**

Mirador de Loiba. El acantilado más bonito del mundo. A Coruña — **24**

Asturias

Cabo Peñas. Faro (y farallón) de Asturias. Asturias — **31**

Cantabria

Embalse del Ebro. Mar inundado. Cantabria — **38**

Euskadi

Salto del Nervión. El río suicida. Burgos — **47**

Jaizkibel. Ballena a la vista. Guipúzcoa — **52**

Navarra

Bardenas Reales. Lo esencial es invisible. Navarra — **59**

La Rioja

Peroblasco. Colores de humo. La Rioja — **64**

Aragón

Ordesa. Primor glaciar. Huesca — **70**

Gallocanta. Frío con plumas. Zaragoza — **77**

Matarraña. Alma mestiza. Teruel — **84**

Castilla y León

Las Médulas. Montes de oro. León — **93**

Covalagua. Agua hecha piedra. Palencia — **98**

Atapuerca. Aquí comenzó todo. Burgos — **105**

Arribes del Duero. Granito, tiempo y naranjas. Salamanca / Zamora — **110**

Montes Torozos. La belleza de los páramos. Valladolid — **117**

Laguna Negra. El monstruo es verde. Soria — **122**

Hoces del Duratón. Santo pajarero. Segovia — **129**

Cataluña

Val d'Aran. Triángulo perfecto. Lleida — 134

Fageda d'en Jordà. Hayedo volcánico. Girona — 141

Montserrat. Sierra sagrada. Barcelona — 146

Delta del Ebro. Arrozales con alas. Tarragona — 153

Baleares

Es Trenc. Playa virgen. Mallorca — 158

Comunidad Valenciana

Salinas de Santa Pola. Blancos espejos. Alicante — 167

Murcia

Mar Menor. Historia de una muerte anunciada. Murcia — 173

Castilla-La Mancha

Nacimiento del río Mundo. Reventón de vida. Albacete — 178

Torcas de Los Palancares. Para lobos y cazadores buenos. Cuenca — 185

Hoz de Pelegrina. El espíritu de Félix. Guadalajara — 190

Cabañeros. Serengueti manchego. Toledo / Ciudad Real — 197

Comunidad de Madrid

Pontón de la Oliva. Divinas ruinas. Madrid / Guadalajara — 202

Extremadura

Monfragüe. Paraíso salvado. Cáceres — 209

Cornalvo. Naturaleza imperial. Badajoz — 215

Andalucía

Doñana. Paraíso amenazado. Huelva — 220

Corrales de Rota y Chipiona. Puertas al Atlántico. Cádiz — 227

Torcal de Antequera. El tornillo que nos faltaba. Málaga — 232

Desierto de Tabernas. La muerte tenía un precio. Almería — 241

Canarias

Tajogaite. Monstruo (por fin) dormido. La Palma — 248

Jinama. Calzada de gigantes. El Hierro — 255

Garajonay. Las selvas de Canarias. La Gomera — 260

Anaga. Hechizo de nieblas. Tenerife — 267

Tindaya. Montaña mágica. Fuerteventura — 274

Riscos y jables de Famara. Desierto florido. Lanzarote — 281

La Graciosa. La octava maravilla. La Graciosa — 286

Agradecimientos — 295

Créditos — 294

Créditos de las imágenes — 295

INTRODUCCIÓN

Saborea el paisaje

«La primera condición del paisaje es su capacidad de decir casi todo sin decir una sola palabra.»
Konrad Lorenz

«Al darle más vida a nuestro tiempo le damos más tiempo a nuestras vidas.»
Stefan Klein

Si catamos un buen vino, un queso o un aceite de oliva con los cinco sentidos, ¿por qué no hacer lo mismo con un paisaje?

Frente al mirador de un espacio natural abierto a horizontes infinitos no solo nos quedamos extasiados ante tanta belleza; instintivamente apreciamos y disfrutamos su sonido —¿a qué suena?—, su olor —¿a qué huele?—, su textura —¿cuál es su tacto?—, y, por supuesto, querremos acercarnos a alguna localidad cercana para saborear su rica gastronomía, pura esencia sabrosa de esa naturaleza asombrosa. O al menos debería ser así.

Desgraciadamente, demasiadas veces tan solo analizamos nuestro entorno a través de una mirada fugaz. Nos hemos convertido en una sociedad audiovisual, enganchada a las pantallas del televisor y de los móviles, aislada con esos auriculares que nos desconectan de los sonidos del exterior y nos sumen en un ruidoso mundo solitario ajeno a la realidad sonora de una vida que transcurre más allá de la mercadotecnia musical y las redes (in)sociales.

Olvidamos que todo análisis del mundo que nos rodea, para ser completo, debe basarse en los cinco sentidos. No solo mirándolo, sino también tocándolo, escuchándolo, oliéndolo y saboreándolo con calma. Solo así podemos obtener una imagen completa del territorio, que, además de ayudarnos a entenderlo, incorpora la ventaja imbatible de su disfrute.

Nunca habíamos viajado tanto en busca de paisajes hermosos y nunca antes los habíamos fotografiado tanto, tan compulsivamente. Pero como me censuraba en clase de Ciencias Naturales mi querida profesora Trinidad Gejo,

viajamos como maletas, ajenos al entorno más allá de hacer esas fotos bonitas, esos selfis donde la naturaleza es poco más que un privilegiado decorado a nuestras espaldas. Mundo individual y personalista, silencioso y unidireccional, al servicio de unos pocos «me gusta» que pasarán por la memoria sin pena ni gloria, olvidados en ese oscuro pozo de lo banal.

Es posible que Instagram y los móviles hayan modificado nuestra visión más humana y tradicional de la naturaleza. Pero siempre nos quedará la contemplación, para la que guardamos un sitio en la memoria junto a las cosas queridas, las verdaderamente importantes. Como decía el poeta Juan Ramón Jiménez, «cada paisaje se compone de una multitud de elementos esenciales, sin contar con los detalles más insignificantes, que, a veces, son los más significativos».

Somos víctimas de los nuevos tiempos. Nuestra desconexión urbana con el mundo rural explica la actual ceguera frente a la naturaleza. Ceguera botánica, pues el bosque no nos deja ver los árboles: no somos capaces de identificarlos, conocer sus nombres, no digamos ya sus usos, ni de explicar por qué están esas especies aquí y no en otro lugar. De insectos mejor no hablemos. Ni de geología. Y no se trata de tener grandes conocimientos, ni mucho menos. Se trata de conectar, tener la sensibilidad y curiosidad suficientes para ser capaces de emocionarnos ante el mundo natural que, oh sorpresa, nos rodea. Igual ante la inmensidad de un paisaje grandioso que frente a lo más pequeño, el vuelo de una mariposa, el brillo de una roca, los colores de una humilde flor. Activar la atención nos hace más inteligentes pero sobre todo más felices, como defiende Amador Fernández Sabater en *El eclipse de la atención* (Ned Ediciones, 2023). Porque hoy estamos a todo pero a nada en concreto, y menos a lo cercano, que suele ser lo más importante. Hemos perdido la soberanía de la atención.

Decía el filósofo José Ortega y Gasset que «sorprenderse y maravillarse es comenzar a entender». Primero descubrir. Ya llegará el tiempo de hacerse preguntas, identificar, conocer. Es *El sentido del asombro* (Encuentro, 2021) que igualmente defendía como mejor herramienta educativa para adentrarse en los secretos del mundo natural la bióloga estadounidense Rachel Carson. Porque «asombro» en inglés es *wonder*, una palabra que en el mundo anglosajón tiene la doble acepción de «sorprenderse» y «preguntarse». Y esa debería ser nuestra actitud para acercarnos al campito, a la naturaleza, asombrados por los fascinantes secretos que el conocimiento nos va desvelando paso a paso, sorbo a sorbo.

Pero ¿qué es un paisaje?

Según el diccionario de la Real Academia Española, paisaje es «parte de un territorio que puede ser observado desde un determinado lugar». Por ejemplo, lo que vemos desde un mirador.

El diccionario Oxford es más preciso. Lo define como una «extensión de terreno vista desde un lugar determinado y considerada como espectáculo». Este segundo detalle es importante: espectáculo. Volviendo a la RAE, «cosa que se ofrece a la vista o a la contemplación intelectual y es capaz de atraer la atención y mover el ánimo infundiéndole deleite, asombro, dolor u otros afectos más o menos vivos o nobles». Sin lugar a dudas, un bello o desolador paisaje nos infunde ese tipo de sentimientos.





Pero consultemos a los expertos. Según el Convenio Europeo del Paisaje (CEP), sería «cualquier parte del territorio tal como lo percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos». El añadido no es baladí. No solo es la naturaleza más o menos salvaje la que capta nuestra atención, sino la relación que las personas tenemos, o hemos tenido a lo largo del tiempo, con esos entornos.

No todos lo vemos igual. Paisaje es una percepción personal del observador, quien para valorarlo se basa en su experiencia, sus gustos y su educación particulares. Frente a un mismo paisaje, cada persona lo va a ver y sentir de manera diferente. Unos se fijarán en los pueblos que desde ese lugar privilegiado se divisan y los tratarán de identificar. Otros prestarán más atención a los bosques, a las montañas, a las infraestructuras o a los cultivos. Los dotados de un espíritu más estético incluso valorarán colores y texturas que al resto se nos escapan; también su poesía.

Según el geógrafo Eduardo Martínez Pisón, «el paisaje es una interpretación cultural de la configuración que adquieren los hechos geográficos». Añade el sabio profesor que el paisaje incorpora «la percepción del lugar, su comprensión, incluso su sentimiento». Ahí quería llegar. El paisaje no es solo un mirador, una vista bonita, así sin más. Es la percepción personal que cada uno de nosotros tiene del mundo que le rodea. Personal e intransferible. Ya lo decía Fernando Pessoa: «es en nosotros donde los paisajes tienen paisaje».

No existe por tanto un único paisaje. Cada uno de nosotros ve y siente paisajes diferentes, aunque los observemos juntos, al mismo tiempo y desde lugares idénticos. Que por supuesto cambian con el tiempo. El nuestro personal, pero también el meteorológico, pues tampoco es lo mismo ver enfadado un paisaje en un día frío de lluvia que cuando estamos alegres y luce el sol. O al revés, por mal tiempo que haga, si le ponemos buena cara al lugar, nos parecerá maravilloso. A nosotros, claro. Quizá al vecino de al lado le parezca exactamente lo contrario, un lugar horrible con un tiempo horroroso.

Tampoco es necesario contemplar los paisajes desde miradores a vista de pájaro. Un paisaje se puede ver quieto, pero también paseándolo, en bicicleta o desde la ventanilla del tren o del coche. Hay paisajes naturales, paisajes urbanos, paisajes culturales, paisajes sentimentales, desolados paisajes de guerra. El viento y la lluvia también son parte del paisaje. Incluso es posible disfrutar de paisajes mínimos tirándonos al suelo, observando lo diminuto entrecerrando los ojos o echando mano de una lupa. Oliéndolo, pues cada paisaje, cada bosque, cada montaña, cada pradera tienen un olor especial y único, igual que lo tenemos las personas.

El olfato es uno de nuestros sentidos más sensibles, poderosos y menos valorados. Nuestra especie exploradora, inquieta y andarina, ha desarrollado una extraordinaria capacidad para olfatear el paisaje desde que salimos caminando fuera de África en busca de nuevos territorios donde prosperar, asentando en las pituitarias un instinto fundamental para evitar peligros. Diferentes estudios confirman que recordamos el 35 por ciento de lo que olemos. Y la razón es nuestra capacidad natural para asociar situaciones concretas con determinados olores. Por eso la memoria olfativa está directamente conectada con los recuerdos y es capaz de influir emocionalmente impactando en nuestro comportamiento. El olor de un paisaje es la esencia del alma.

¿Por qué nos fascinan tanto los miradores?

Es inevitable. Cada vez que organizamos un viaje, ya sea a una ciudad o a un espacio natural, incluiremos en esa lista de «lo imprescindible» algún mirador, esos lugares «bien situados para contemplar un paisaje», como los define la Real Academia de la Lengua. Y bien altos, habría que añadir.

Es instintivo. Siempre que podemos, buscamos las alturas. En Sevilla subimos a La Giralda. En París, a la Torre Eiffel. En Nueva York, a las diminutas ventanas abiertas en la corona de la Estatua de la Libertad. En Roma, a la extraordinaria cúpula de San Pedro del Vaticano diseñada por Miguel Ángel. En la ciudad de Burgos, al castillo. En Granada, al mirador de San Nicolás en El Albaicín. Siempre arriba, desde lo más alto.

¿Por qué nos gustan tanto las vistas aéreas? Tengo una teoría que imagino que darían por buena los codirectores del yacimiento arqueológico de Atapuerca. Procede de nuestra época de cazadores recolectores. Instintivamente necesitamos controlar el entorno. Saber dónde estamos. Y también, aunque ya no seamos conscientes de ello, de dónde puede venir el peligro.

Les ocurre igual a todos los animales. Pienso en las águilas. Tienen altos oteaderos desde donde controlan los más pequeños detalles del paisaje, atentas a cualquier amenaza, a la llegada a su territorio de un intruso, una posible presa, una tormenta, un fuego. El ser humano, en cuanto *Homo sapiens,* lleva sobre la tierra 300.000 años. Durante la mayor parte de ese larguísimo tiempo, 290.000 años, hasta la llegada del Neolítico, fuimos una especie básicamente nómada que vivía en y por la naturaleza. Las primeras ciudades las fundamos hace apenas 10.000 años. El mundo urbano tal y como hoy lo entendemos surgió hace unos 500 años, pero mantenía fuertes lazos con lo rural, ese espacio que nos da de comer y del que hemos empezado a desconectar hace apenas medio siglo, con la desruralización y la agroganadería industrial deslocalizada. Demasiados cambios en poco tiempo para que se haya adap-



Nuestra fascinación por los miradores procede de épocas paleolíticas.



tado nuestra genética. Evolutivamente seguimos siendo cazadores recolectores, temerosos de los nuevos territorios, necesitados de subir a un árbol, una loma, una montaña, para controlar el enclave y sentirnos seguros. Somos una especie para la que el ensamblaje inteligente de los cinco sentidos es fundamental a la hora de entender el entorno y garantizar su supervivencia.

Ahí nace nuestra fascinación por los grandes horizontes, en ese minúsculo trozo de ADN cultural tejido en la inmensidad del tiempo. Por eso nos relajan tanto los miradores. Los miramos, pero también los olemos y escuchamos atentos, por si algún detalle nos puede proporcionar información sobre peligros o beneficios cercanos. Desde las alturas estamos tranquilos. Lo tenemos todo bajo control, no hay nada por lo que preocuparse. Y ya relajados, surge natural el gusto por la contemplación, la interpretación, la meditación. Y el disfrute.

¿De verdad nos interesa el paisaje?

Los seres humanos tenemos tendencia a pensar que lo que nos gusta a nosotros le gusta a todo el mundo. Es el sesgo del clan. Elegimos y nos rodeamos de la gente más semejante, alejando del grupo a los contrarios, que al final prácticamente desaparecen de nuestra realidad. Seguramente por eso pienso que a todo el mundo le gustan los paisajes bonitos y que estos son la razón principal de sus viajes. Pero no.

Me acaba de llegar una estadística demoledora de mi querida Fuerteventura. La difunde exultante su Patronato de Turismo. Anuncia a bombo y platillos que en 2023 el número de turistas no paró de crecer y ha superado los tres millones de visitantes. Es un récord histórico nunca antes alcanzado que no se interpreta como un techo sino como un suelo, pues el sistema capitalista es voraz: siempre quiere y necesita más. Hablan de «lluvia de millones» para una isla donde, como la lluvia, es tan escasa como invisible. Allí el dinero se reparte poco y mal; el paro y la pobreza no paran de crecer a un ritmo parejo a la llegada de turistas.

Junto con estos datos, el cabildo publica los resultados de una encuesta realizada por la Consejería de Turismo de Canarias para identificar el perfil del turista que visita Fuerteventura. ¿A qué viene tanta gente? ¿Qué busca? Imaginas que acuden atraídos por sus paisajes, sus gentes, su cultura y naturaleza únicas, pero la realidad es dura. Según este estudio, los aspectos más relevantes tenidos en cuenta por los visitantes a la hora de elegir Fuerteventura como destino vacacional son en primer lugar el clima, seguido por las playas, la calidad y versatilidad de la oferta alojativa, las facilidades de conectividad con vuelos directos, la seguridad y la tranquilidad. El paisaje ocupa un modesto octavo puesto. Mi espíritu crítico concluye por tanto que, si el actual cambio climático estropeara el clima, por ejemplo haciéndolo aún más ventoso o nublado, o algún desastre ambiental contaminara sus playas, o la subida del mar acabara con ellas, Fuerteventura se quedaría sin turistas. Pero que si el paisaje majorero (o canario) se urbanizara aún más, se llenara aún más de hoteles y edificios, se desangrara aún más con nuevas autopistas, puertos y aeropuertos, no tendría ningún efecto negativo en el turismo. Pues estamos apañados.

Desde las alturas, la contemplación pausada del territorio dispara nuestras endorfinas, las hormonas de la felicidad.

Perdemos el tiempo con tantas prisas

En esta época de grandes descubrimientos, hemos inventado grandes necedades como la comida rápida, la moda rápida e incluso el turismo rápido. Tres tonterías que suelen ir de la mano.

Turismo rápido. ¿A quién se le ocurrió semejante locura? El parque nacional más visitado del mundo es el del Gran Cañón del Colorado, en los Estados Unidos. Recibe al año más de cinco millones de turistas, emocionados ante un milagro único de la geología que ha tardado dos millones de años en formarse. Pero es también el espacio natural más fugazmente visitado del mundo: los turistas apenas le dedican una media de veinte minutos. La efímera visita incluye foto, quizá desde el espectacular mirador de cristal Skywalk, una soberbia construcción diseñada a mayor gloria del selfi valiente, pues vuela sobre un precipicio de 1.400 metros de caída. Algo más de esos breves veinte minutos emplearán los visitantes en las tiendas de regalos, buscando esa gorra o camiseta de recuerdo para incluir en su aportación a la moda rápida. Tras devorar con avidez una hamburguesa de insana comida rápida, se echarán raudos a la carretera con la esperanza de llegar a cenar a Las Vegas, a casi cinco horas de distancia en coche.

Viajamos como pollos sin cabeza pero con el móvil conectado veinticuatro horas al día, 365 días al año. Una sociedad exclusivamente visual que se mueve por el planeta haciendo fotos sin freno, desconectada de los paisajes y paisanajes del entorno, sin hablar con el desconocido, sin sorpresas, pues todo está en la red. Quizás tenga razón el escritor Manuel Vicent cuando dice que «el tiempo no existe, solo son las cosas que te pasan, por eso pasa tan deprisa cuando a uno ya no le pasa nada».

Olvidamos que, como dicen con sorna muchos comerciantes en Marruecos cuando tratamos de esquivar con excusa su insistencia, «amigo, la prisa mata». En este vertiginoso mundo de ritmo acelerado y multitarea ya no tenemos tiempo para perder el tiempo en lo que verdaderamente importa: disfrutar del tiempo. Lo explica el periodista Carl Honoré en su famoso libro *Elogio de la lentitud* (RBA, 2008). El culto a la velocidad se ha convertido en el estándar social de nuestro mundo moderno. Todos tenemos prisa, sin tiempo para sentir algo tan maravilloso y efímero como es ese «aroma del tiempo» que ensalza el filósofo coreano Byung-Chul Han.

Abracemos el turismo tranquilo

Esta guía es un canto a ese aroma que huele a sosiego, a la contemplación de paisajes hermosos con la calma que se merecen tantas maravillas de la naturaleza y que, no hay duda, los estresados hombres y mujeres del siglo XXI nos merecemos disfrutar. Reivindica el tan cacareado y poco entendido *mindfulness*, un relajado estado mental consistente en estar atento de manera consciente al entorno, disfrutando la experiencia del momento presente, dejando de lado lo que hicimos o haremos. Meditando el paisaje con calma y en silencio, sin mirar al reloj ni al móvil. ¿Aceptas el reto?

Abandonemos las prisas turísticas de llegar a los sitios con urgencia, hacernos unas fotos rápidas y seguir corriendo con el triste trofeo de añadir a la lista infinidad de lugares preciosos a los que apenas hemos dedicado unos minutos y que olvidaremos con la misma rapidez con que los hemos visitado. Démonos tiempo para interpretar el entorno, hacernos preguntas, buscar respuestas, conocerlo y valorarlo; para sentirlo y hacerlo nuestro. Como no se cansa de repetir el sabio paleontólogo Juan Luis Arsuaga, recuperemos «el placer de admirar».

La unión curiosa de vista, oído, olfato, tacto y sabor, sumada a la calma, nos brinda la oportunidad de disfrutar al máximo de experiencias únicas, irrepetibles. Cinco sentidos que nos ayudarán a valorar con sosiego el entorno como nunca antes lo habíamos sentido, entendido y asimilado.

Abracemos el paisaje tranquilo

Nuestro mundo urbano está perdiendo sensibilidad. En la ciudad apenas nos tocamos, salvo cuando vamos apretujados en el metro o el autobús. Apenas nos olemos, pues todos vamos perfumados con las mismas esencias comerciales. Cada vez hablamos menos con la persona de carne y hueso que tenemos a nuestro lado y más con amigos invisibles a través del teléfono móvil.

Seguramente por eso hay tanta gente que se da baños de bosque y abraza árboles buscando una energía desconocida. Hace mucho tiempo, demasiado, que no nos acercamos sosegadamente a la naturaleza para tocarla y olerla. Damos abrazos asfixiantes a los árboles quizá porque los pobrecitos no pueden salir corriendo, condenados por sus raíces a ser incapaces de rechazarlos. Abrazos no pedidos que muchas veces llegan a provocarles la muerte, pues como todos recurrimos a los mismos ejemplares, los más grandes, altos o famosos, al final los terminamos secando involuntariamente con nuestro mastodóntico pisoteo del suelo.

Son abrazos robados a unos árboles que nos dan mucho más que esa supuesta energía telúrica surgida del fondo de la tierra. Su secreto saludable estriba en algo tan sencillo, y a la vez tan poco frecuente, como que cada abrazo nos obliga a dedicar tiempo a esos árboles tan especiales, a tocarlos, acercar la nariz a su corteza y olerlos, escucharlos, sentirlos cerca. Nos reconectan con nuestro entorno natural, transmitiéndonos sosiego, pues somos una especie biófila, amante de la vida, necesitada del contacto con la naturaleza para ser feliz. Y ese contacto solo puede ser completo si lo catamos pausadamente con los cinco sentidos, como si fuera un buen vino, una bebida que al fin y al cabo es puro paisaje embotellado, un pequeño reducto de identidad, una extraña pero maravillosa mezcla de naturaleza y cultura que nos identifica con el paisaje. Brindemos por ello.

RIBEIRA SACRA

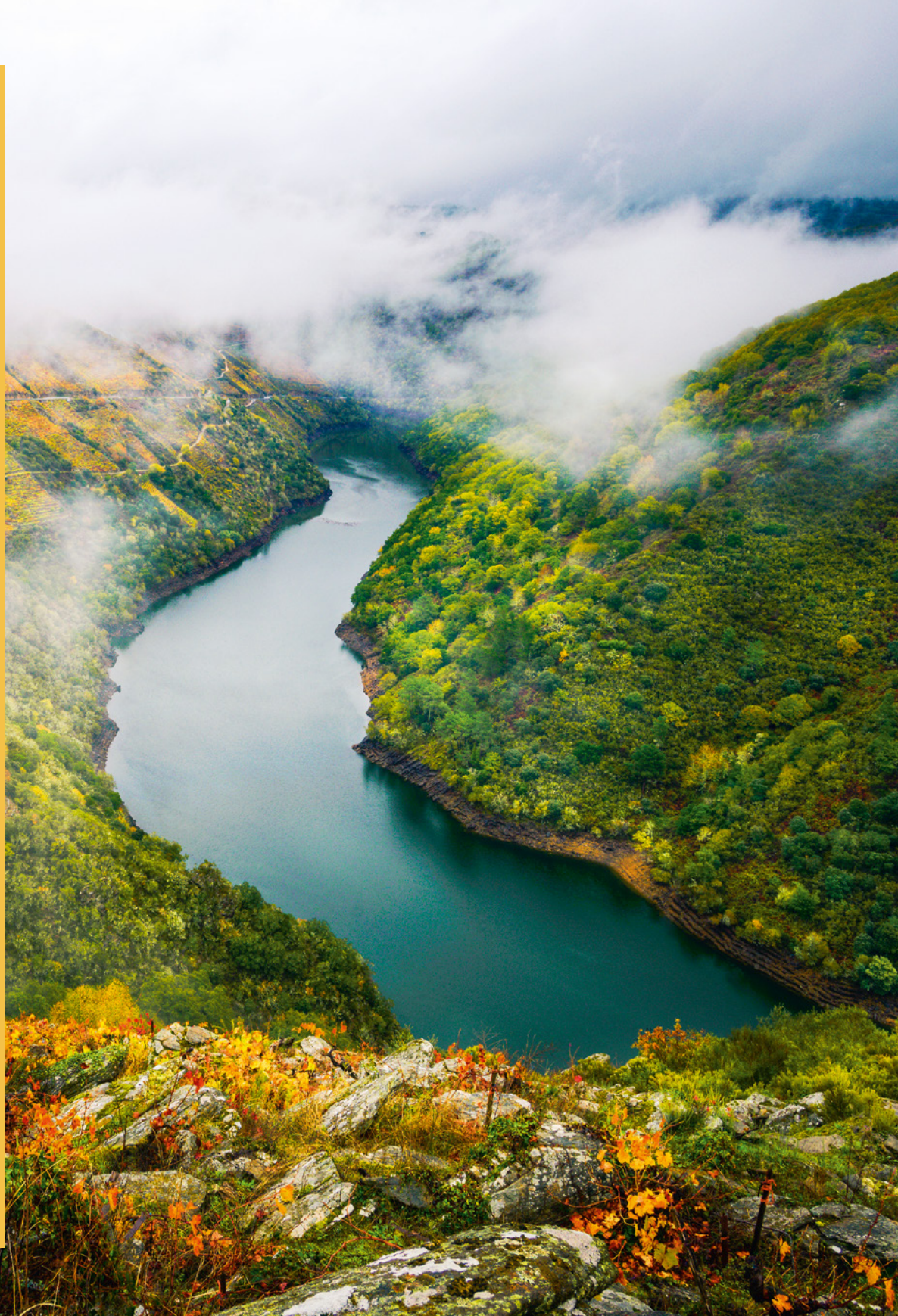
Laderas esculpidas

Este es un paisaje sagrado incluso en su nombre, Ribeira Sacra. Situada al sur de la provincia de Lugo y al norte de la de Ourense, esconde una zona de cañones profundos por los que discurren los ríos Sil y Miño, uno de esos lugares que hay que visitar al menos una vez en la vida. Bendecida por una extraordinaria geología, esta comarca, más que extensa, es retorcida. Olvida las carreteras rectas y rápidas. También las prisas. Porque aquí se viene a hacer turismo tranquilo, a pasear por lugares hermosos donde desconectar de todo menos de la felicidad.

Sorprende su nombre tan rimbombante, el de una toponimia con mucha historia, no poco misterio y algo de confusión. Siempre se dijo que la comarca era sacra, sagrada, por los muchos monasterios, dieciocho nada menos, que aún se pueden visitar en la zona. Un lugar alejado del mundanal ruido donde los cenobitas podían dedicarse en cuerpo y alma, sobre todo en alma, a la oración. Ya a principios del siglo XII, el documento fundacional de un cenobio local, Santa María de Montederramo, lo situaba «en el lugar llamado Rivoira Sacrata». De ahí vendría lo de Ribeira Sacra. Pero ahora sabemos que muy probablemente su nombre tiene poco o nada que ver con esas instituciones conventuales.

Resulta que ese manuscrito se había leído mal. No dice «Rivoira Sacra» sino «Rovoyra Sacra». Parece lo mismo, pero ese cambio aparentemente tan intrascendente de una letra puede ser fundamental. Porque el documento no estaría señalando una ribera sagrada sino un robledal sagrado, un *roboiro,* un bosque de robles. ¿Robles sagrados? Parece raro, pero pensemos que estas son tierras muy aisladas donde se ha mantenido durante siglos la influencia de la cultura celta. Y para esos pueblos, los bosques eran auténticos templos naturales donde residían sus dioses. Sentían además una especial veneración por los robles, su árbol sagrado por antonomasia, guardián del espíritu de la tribu. Por eso es posi-

La Ribeira Sacra regala cañones de vértigo donde desconectar de todo menos de la felicidad.





Mirador de As Penas de Matacás, con impresionantes vistas sobre el Cañón del Sil.

ble que todavía en la Edad Media se mantuviera el recuerdo de esos robledales tan especiales donde los celtas rezaban a sus dioses; los bosques sagrados de una misteriosa ribera gallega.

Algo de sagrado, por lo asombroso y sorprendente, tiene este paisaje de vértigo, con cañones tan estrechos como sinuosos rodeados de apretados bosques. Pero también hay muchas laderas escalonadas artificialmente. Son bancales milenarios *(pataos* en la lengua local), algunos originales del siglo x, levantados con altas paredes de granito para poder plantar vides en las estrechas fincas resultantes. Inteligentes construcciones nacidas de la necesidad, pues salvan las fuertes pendientes de las laderas, mantienen los suelos fértiles al evitar la erosión y, al buscar las orientaciones meridionales, conservan el calor del sol. Gracias a ellos se han podido plantar viñedos casi imposibles, tan difíciles de cultivar que aquí la viticultura se considera heroica, pues la mecanización es inútil, más allá de algunas tirolinas y hasta montacargas que facilitan la recolección de la uva. Es un delicado territorio muy complicado de trabajar, de eso no hay duda, pero, gracias a la llegada de mucho talento, en los últimos años está disfrutando de una auténtica revolución vitivinícola, madre de algunos de los mejores vinos de España.

Tierra de *miradoiros*

En un lugar de orografía tan compleja, el medio centenar de *miradoiros* («miradores») que se asoman a sus precipicios son sencillamente espectaculares. Uno de los más alucinantes es el de As Penas de Matacás, donde el río Sil hace de frontera natural entre las provincias de Lugo y Ourense. Para los que sufran vértigo, mejor bajar

a los embarcaderos de Ponte do Sil (Monforte de Lemos) y Abeleda (Castro Caldelas), desde donde parten preciosas rutas en catamarán a través de estrechas gargantas. Cambiamos el miedo a la altura por la claustrofobia.

Otro hermoso mirador que se funde con la naturaleza es el de Cabo do Mundo, en la bodega Abadía da Cova. Además de estar rodeado de viñedos y ser una avanzada balconada sobre el posiblemente más espectacular meandro del río Miño, en sí mismo es una preciosidad de construcción sostenible hecha toda ella en imbricada madera. Una opción más salvaje, pues hay que caminar y por no tener no tiene ni barandillas de seguridad, es el *miradoiro* de Vilouxe, en la parroquia de Cerreda, perteneciente al *concello* de Nogueira de Ramuín.

Además de al descorche de buenos vinos, la Ribeira Sacra suena a pájaros cantores. Aprovecha la primavera porque es la mejor época para disfrutar de un concierto con plumas verdaderamente cautivador. Y aunque todos son bellos intérpretes, intenta descubrir entre tan agradable sinfonía la soberbia melodía suave y aflautada del roquero solitario, posiblemente uno de los pájaros más bonitos del mundo. Su nombre ya lo dice casi todo. Que le gustan los roquedos y vive solo; bueno, más bien en pareja. Pero ese nombre no explica lo más extraordinario: el elegante traje del que hacen gala estos machos tan cantarines, coloreado con plumas de un intenso celeste. Es nuestro pájaro más azul. Y siempre canta aprovechando alguna roca que le ayuda a amplificar la canción. Una maravilla alada.



Viñedos imposibles trepan por las laderas gracias al milagro de estrechos bancales.



El roquero solitario pinta de azul las escarpadas laderas de granito.

Huele por supuesto a bodega, a tiempo detenido. Es el olor penetrante, inconfundible, a vino y a madera, a calma y a reposo, al placer de las cosas bien hechas sin mirar el reloj ni el calendario. Este aroma encierra una cultura y un paisaje único que ya cautivó a los romanos de Julio César y Augusto, inteligentes culpables de la llegada del cultivo de la vid a estos estrechos cañones gallegos. Ha hecho falta el esfuerzo heroico de muchas generaciones para tallar las laderas con monumentales bancales, plantar recios viñedos de variedades únicas, como la *sousón, caíño* o *mouratón,* podarlas y cuidarlas durante siglos. Por no hablar del tremendo esfuerzo que supone vendimiar en estas paredes donde una distracción puede acarrear caídas fatales. Tanto trabajo, tanto sacrificio, obtiene su justa recompensa cuando catas con calma uno de estos vinos únicos capaces de concentrar en la copa el aroma de un paisaje fabuloso.

El tacto obligado es el áspero, rugoso, de granitos y cuarcitas con más de quinientos millones de años. Los podemos tocar en las piedras de los muros que sostienen los bancales, esos *paredós* levantados sin más argamasa que la inteligencia de los mureros. Son obras de arte imposibles de replicar, obras populares de ingeniería donde la pericia se alió con la inteligencia para conseguir equilibrios imposibles sin más ayuda que una sabiduría popular transmitida durante generaciones.

Curiosamente, estos profundos barrancos no han sido abiertos por la erosión del agua. Sería lo lógico, pero en este caso los grandes cañones del Sil y el Miño tienen origen tectónico. Originariamente atravesaban una planicie muy erosionada. Pero por culpa de los empujes de la orogenia alpina, hace unos treinta millones de años el terreno se partió en bloques gigantescos por los que se colaron los ríos. Y luego sí, ya con la calma de los siglos, la acción erosiva de las aguas los ha ido encajando en profundos cañones.

Cocina sagrada

Algo que nos puede sorprender es que en la Ribeira Sacra, en la atlántica Galicia, se cultiven olivos. Y que de ellos se extraiga un aceite de oliva excepcional. El de Quiroga está a punto de conseguir la denominación de origen, pero no hace falta esperar a que la tenga. Un chorro de ese *ouro líquido galego* sobre una esponjosa rebanada de *molete* o pan de moña nos sabrá a gloria.

Cocina sagrada para una tierra sagrada. Caldos y potes potentes. Castañas y verduras de huertas locales. También loables embutidos artesanos elaborados con el exquisito porco celta, la raza autóctona de cerdo con carne de gran calidad y abundante grasa. Y no solo chorizos, que aquí también se hacen maravillas artesanas como *botelos, adrollas* o *pigureiros*. Homenaje

aparte exige el lacón gallego (¡con pimentón de la Vera!), palabra proveniente del latín *lacca* y que hace referencia a la pata delantera del cerdo, su gran diferencia frente a las traseras de los populares jamones.

En cuanto a postres, no puede faltar un buen trozo de la famosa «*bica* mantecada» que hacen en Castro Caldeas, deliciosa versión gallega de los sobaos pasiegos. Que perfectamente podemos acompañar con un café de pota al que unas gotas de «agua bendita», de orujo, le vendrán de maravilla. Y así, con la barriga feliz, habremos degustado con los cinco sentidos los sabores que hacen de la Ribeira Sacra un lugar sagrado para los disfrutones, epicúreos y otras gentes de buen vivir.

En otoño, la Ribeira Sacra se tiñe con los ocres de la vendimia.



Protección
Reserva de la Biosfera Ribeira Sacra

Imprescindible
Mirador de As Penas de Matacás. Castro Caldelas, Ourense

El Sil hace aquí de frontera vitivinícola natural. En el norte, a la derecha, trepan los viñedos lucenses de Amandi, mientras que a la izquierda, hacia el cálido sur, crecen los orensanos de Abeleda. Lo vemos todo desde una pasarela de madera colgada a más de 500 metros de altura sobre el abismo.

LA CATA

Vista
Viñedos trepando por laderas verticales

Oído
El canto del azul roquero solitario

Olfato
Viejas bodegas, barricas y vino

Tacto
Paredones de los bancales

Gusto
Bica mantecada y café de pota con unas gotas de «agua bendita»

MIRADOR DE LOIBA

El acantilado más bonito del mundo

Nuestro espíritu gozoso nos invita a disfrutar de la naturaleza en un sitio fuera de lo común: el banco del mirador de Loiba, en Ortigueira, A Coruña. Tan especial que está considerado el más bonito del mundo, aunque tal galardón se base en una mala traducción del inglés. Pero da un poco igual. Porque sentados allí, a más de cien metros de altura sobre un mar embravecido, azotados por el viento y frente a un horizonte sin límites, sientes una extraña mezcla de vértigo y serenidad absolutamente indescriptible. Por algo los vecinos llaman cariñosamente a este banco *O Pensadoiro,* «el Pensador».

Qué poco pensamos las cosas, ¿verdad? Qué poco tiempo le dedicamos a lo importante, a meditar con calma los pros y contras de la vida, acuciados por las prisas de lo urgente, incapaces de bajar el ritmo, de abstraernos en un pensamiento o en ninguno, en la forma de una nube o en el canto inquieto de ese macho de tarabilla (cabeza oscura, pecho anaranjado) que se ha posado en un arbusto muy cerca de nosotros. En realidad el pensador no es el famoso banco, somos nosotros.

Debemos este lugar tan especial a la generosidad de una única persona: Rafael Prieto. Fue este mecánico, vecino de Loiba, quien en 2009 decidió instalar por su cuenta y riesgo un banco de madera al borde de ese acantilado por el que tanto le gustaba pasear. Lo pagó de su bolsillo, como un regalo desinteresado para quien quisiera disfrutar del lugar con la misma calma que a él le embargaba. Lo compró, lo transportó en su camioneta y lo aseguró al suelo de su lugar favorito por nada; por nosotros. Generosidad máxima.

Ahora el banco es de todos. Un espacio nacido para pensar y contemplar la inmensidad de este paisaje abrumador. Aunque no todo el mundo lo ve así. Demasiados turistas ruidosos y con prisas hacen cola para apenas sacar una foto a la carrera e irse. Pobres, se pierden lo mejor.

Los vecinos denominan a este banco O Pensadoiro, *«el Pensador». Mejor serlo nosotros.*



El sitio hacia el que mira el banco es espectacular, ¿pero tanto como para estar considerado el más bonito del mundo? La historia real de tal denominación resulta de lo más curiosa. Apenas un año después de que Rafael instalara por su cuenta y riesgo este banco frente al precipicio, ya se había convertido en un lugar famoso. Entre sus primeros visitantes ilustres llegó un grupo de músicos escoceses que participaban en el famoso Festival de Ortigueira. Maravillados con el panorama, garabatearon en la parte trasera del respaldo del banco la frase: «The best bank of the world». Y aquí nos liaron con el inglés. Porque, al contrario de lo que piensan muchos, esa frase no significa «el mejor banco del mundo».

En inglés *bench* sería la palabra que hace referencia a un banco o escaño donde sentarse. *Bank* significa «entidad financiera». Pero en realidad los escoceses se referían a su segunda acepción, el gran corte o talud de un acantilado, que también se dice *bank*. Deberíamos haber traducido su frase como «El mejor acantilado del mundo». Pero nosotros defendemos que significa «el mejor banco del mundo». Nos van a enseñar los británicos a hablar inglés.



Islote de O Coitelo, cuyas viejas rocas volcánicas han sido talladas por el mar en afilado cuchillo.

Sorprendentemente**,** este de Loiba no es el único banco-mirador famoso. Solo en Galicia hay otros dos que pugnan por tan preciado galardón, uno en Redondela y otro en la Ribeira Sacra. Seguramente para disipar dudas, el Ministerio de Industria concedió hace unos años los derechos sobre la marca del asiento de Loiba al Concello de Ortigueira, por lo que hoy podemos decir oficialmente que este es, no lo dudes, el auténtico banco más bonito del mundo.

Cuchillos que cortan el mar

Olvidemos por un momento el famoso banco y admiremos la maravilla que nos rodea. Sus vistas sorprendentes, las inolvidables puestas de sol, el excepcional cielo nocturno explican solo una pequeña parte de toda la inmensa magia que atesora este bello tramo del litoral gallego. No por casualidad, el pétreo brazo saliente que tenemos justo enfrente se llama O Coitelo, «el cuchillo», pues las rocas parecen gigantescos cuchillos que cortan a navaja las aguas del Cantábrico. Esas formas tan peculiares tienen una explicación geológica. Son viejas pizarras y cuarcitas, pero también antiguas rocas volcánicas de hace 470 millones de años, como las metavulcanitas, responsables de una peculiar erosión en capas inclinadas hacia el mar.

Aquí la geología es asombrosa. Especialmente las furnas, unas pequeñas cuevas excavadas en las rocas por el golpe constante del mar donde las olas regolfan y salen hacia atrás con la misma fuerza que entraron, dejando por el camino la potente huella erosiva (y sonora) de



La erosionada costa de Ortigueira está salpicada con puntiagudas pirámides.

su furia. Algunas veces gana el agua a la piedra y termina atravesando los farallones más salientes de lado a lado. Entre estos ariscos cabos se esconden recogidas playas salvajes de fina arena pero difícil acceso salvo la del Picón, que cuenta con escaleras. El esfuerzo invertido en llegar a ellas es directamente proporcional al beneficio obtenido; merece la pena, sobre todo en esos días de verano y azules radiantes cuando las calmas nos calman.

Arenas y rocas cálidas forman un tacto inolvidable. Pero ya que estamos aquí arriba, en praderas que miran al mar tan típicas de la costa gallega, es probable que suframos sin querer otro tacto muy gallego, el del espinoso tojo o *toxo,* sin duda el arbusto más típico de Galicia. Pincha una barbaridad debido a que sus hojas adultas se estrechan y endurecen tanto que al final acaban transformadas en agudas espinas. Tiene a su favor estético una flor amarilla hermosísima, la aquí conocida como *chorima*. Se dice que un solo ejemplar puede producir hasta 20.000 semillas, con capacidad para aguantar muchos años sin germinar, esperando el momento justo para hacerlo, por ejemplo, después de un incendio. Por eso es una de las primeras plantas en colonizar los campos tras el fuego.

Asegura la leyenda que cuando Dios estaba creando el mundo, decidió adornar los *toxos* con las flores más hermosas que tenía. Pero el Diablo, por fastidiar, las llenó después de espinas. Y en compensación, al final el Creador permitió que florecieran todo el año, prodigio más que evidente.

Escucha el mar. Esta costa suena a olas. Esas «Ondas do mar levado» («Olas del mar agitado») que ya enamoraron, y preocuparon, y asustaron, nada menos que al trovador gallego Martín Códax en el siglo XIII. «Se vistes meu amado? E ai Deus!, se verra cedo?» («¿Visteis a mi amado? ¡Ay Dios! ¿Vendrá pronto?»). Cuántos pescadores han dejado la vida en estas aguas. Cuántas mujeres los han esperado angustiadas.

Aquí puedes sentir muy cerca toda la fuerza del peligroso y muchas veces traicionero Cantábrico. Al no estar a demasiada altura, nos llega perfectamente el potente rugido del rompiente, amortiguado por la distancia hasta convertirlo en un bramido constante. Mucho cuidado con el monstruo, parece avisarnos. Creo que hay un doble espacio en blanco después del punto también esta costa suena a alegría, a reencuentros, amores, música y bailes. Como esas muñeiras o *muiñeiras* que todos los veranos animan el famoso Festival de Ortigueira, uno de los más importantes, y divertidos, del mundo.

La brisa del Cantábrico huele fuerte, intensa. Además de acercarnos los ecos alegres de la fiesta, nos trae olores únicos de sal, marisco y sobre todo macroalgas, la verdura marina. Precisamente aquí hay una playa de difícil acceso llamada Ribeira do Carro que baja desde el acantilado. Y se llama así porque a través de la conocida como «Ruta das Algas» llegaban sus recolectoras con carros tirados por bueyes o burros.

Esas melenas rojas que vemos y olemos sobre la costa son la *Gigartina pistillata,* un alga roja con forma de cinta, deliciosa en ensaladas o como acompañamiento a los pescados. Al ser ricas en carragenina, un polisacárido, se utilizan desde hace décadas en la industria alimentaria como aditivo para yogures y mermeladas debido a sus propiedades espesantes, gelificantes y estabilizantes. Pero antes, no hace tanto, eran un preciado recurso agroganadero. Se usaban tanto como abono para fertilizar las huertas como para dar de comer al siempre hambriento ganado. Acceder a ellas no era fácil. Por estos peligrosos riscos descendían durante la bajamar las sufridas *algueiras,* mujeres especializadas en su recolección y secado; quienes seguramente conjuraban miedo y cansancio con esas canciones populares que tanto nos alegran la vida: «Oliñas veñen e van / Non te vaias, rianxeira, / Que te vas a marear».

Berzas con mariscos

Estamos en las Rías Altas, muy cerca de Cariño, localidad famosa por la extraordinaria calidad de su industria conservera. Así que no dejemos de probar esas latillas de sardinas y agujas en aceite de oliva, o los siempre estupendos mejillones en escabeche. Por supuesto, no nos iremos sin darnos el capricho de disfrutar de sus percebes y nécoras, una auténtica perdición epicúrea. Puro sabor del Cantábrico.

Tampoco faltará en nuestra mesa de sabores locales el omnipresente «pulpo *a feira* con cachelos», esas patatas cocidas con agua salada que en la costa es tradicional cocinar con su piel. Aunque en Ortigueira el auténtico emblema



Olorosa (y pinchuda) flor del tojo, conocida en Galicia con el bello nombre de chorima.

culinario son los bertones rellenos, rebrotes tiernos de berza con generoso interior cárnico, rebozados y luego guisados en caldo de cocido, de los que era un entusiasta el escritor Álvaro Cunqueiro. Es verdad que berzas y mariscos parecen no maridar demasiado bien, pero acompáñalos en la mesa con un buen vino tinto de las vecinas Rías Baixas (sí, también hay tinto, de las fabulosas variedades autóctonas *caíño* o *espadeiro)* seguro que surge la magia. Aunque para magia, la de una queimada con su *conxuro*.

Como dulce colofón, la tarta de Ortigueira, por supuesto. Lleva cabello de ángel, almendras e higos confitados, además de anís y canela. Una de sus principales características es que aguanta en la despensa más de un mes. Se supone que de esta forma la podían llevar los indianos a Cuba, pues se mantenía fresca durante todo el largo viaje en aquellos míticos barcos a vapor llenos de ilusiones y bastantes miedos.

Protección

Zona de Especial Conservación (ZEC)
Estaca de Bares

Imprescindible

Miradoiro de Loiba. Ortigueira, A Coruña.

Hay que acercarse al mítico banco de Loiba y disfrutarlo con calma. Pero el paisaje no es menos impresionante desde el vecino mirador de Pena Furada, una cercana mole definitivamente horadada por el mar, convertida en puente de doble arco. A falta de asiento famoso, podemos sentarnos en la olorosa pradera.

LA CATA

Vista

Afilados acantilados cortando el Cantábrico

Oído

«Ondas do mar levado»

Olfato

Rojas algas amontonadas en la playa

Tacto

La pinchuda flor del tojo

Gusto

Tarta de Ortigueira y queimada